

lo que ignorais, y conoced que sois unos mentecatos, que todo lo ignorais y quereis juzgar de todo: vuestras luces son tinieblas, vuestra razon insensatez, vuestra providad los crímenes, vuestra filantropia ambicion y vuestra virtud iniquidad. ¿Y todavía pensais seducir á los pueblos? A vosotros si se puede decir con razon, que la ignorancia de otros hace toda vuestra ciencia, porque en vosotros no se encuentra otra cosa que el pedantismo y charlatanería, los que quitados nada mas os queda que haga el fondo de vuestro saber.

Sí, filósofos modernos; hay profecias y hay profetas, abrid los libros santos, ledlos con detenimiento, y si teneis alguna luz de la razon es preciso que quedéis plenamente convencidos de la verdad; led las profecias; pero temblad, porque en muchas de ellas os vereis retratados muy al vivo, y conoceréis, que vosotros sois aquellos falsos profetas y falsos doctores, soberbios, ambiciosos, amantes de si mismos, ingratos, malvados y amadores de placeres mas que de Dios, de quienes habla el apóstol S. Pablo en su segunda epístola á Timoteo; conoceréis que sois los maestros que introduceu sectas de perdicion, y las nabes sin agua de quienes hablan S. Pedro y S. Judas, en fin os encontrareis y á vuestros malvados errores pintados con toda claridad; led pues las santas escrituras y confundios; mas si persistis serenos en vuestras maldades, ya no conoceréis su deformidad hasta el último

instante de vuestra vida en que despechados digais; luego erramos el camino de la verdad; porque los que no crén las escrituras permanecerán incrédulos, aunque un muerto resucite á enseñarles la verdad.

Nosotros estamos persuadidos que muchos de los filósofos modernos no lo son de corazon, que la ambicion les hace producirse como tales porque crén que con esto se hacen lugar en el mundo y acaso se proporcionarán arbitrios para satisfacer sus necesidades; crémos que esos entes miserables no son espíritus fuertes sino por ganar el pan, esto lo crémos porque ellos mismos dan fundamento para ello, como nos lo testimonia la historia de los países en donde se ha estendido esta plaga infernal; pero si en nuestra cara pátria, por desgracia hay algunos de estos, vuelvan en sí y no se prostituyan por un vil interés, pues lo que pierden es su alma, su religion y su Dios.

## CAPÍTULO VI.

### Milagros.

**A**dmittir un Dios y negarle la potencia de hacer milagros, es conceder y negar á un mismo tiempo una cosa, y caer en una contradiccion manifiesta: porque si Dios existe debe ser infinitamente perfecto, y entre sus muy principales perfecciones se incluye necesariamente la potencia de hacer milagros: quítese

esta de la noción del Ser infinitamente perfecto; y al punto ya será un ente imperfecto, débil y limitado, cuyo poder queda encerrado en el estrecho círculo de las cosas meramente naturales, que jamas puede traspasar, porque jamas puede producir un efecto, que esté puesto sobre la naturaleza. Los filósofos modernos gritan con todas sus fuerzas, no puede haber milagros, porque la divinidad ha establecido cierto orden en la naturaleza, que no puede padecer la menor alteración; ¿y por qué? porque si Dios ha tenido razones justas para establecer el presente orden de cosas, sería desaprobar sus razones, variando cualquiera cosa de las que forman y ordenan el mundo físico: ¡miserable prueba! ¿y qué el que ha tenido muy buenas razones para arreglar con leyes justas el sistema físico del mundo no las habrá tenido, para determinar ab eterno el suspender en tiempo algunas leyes á fin de arreglar con su suspension al mundo moral? Si Dios hiciera milagros únicamente por diversion, por andar como los niños haciendo en un instante una cosa y deshaciéndola en el siguiente, para traer á los hombres inciertos en el orden de las cosas, ó para divertir su curiosidad, entónces si podrian los deistas esforzarse y decir *no hay milagros*: ¿pero cuando podrán probar este absurdo? nunca jamas: así pues cuando estos insensatos niegan los milagros; ó es por una suma ignorancia; ó una refinada mala fé. Nosotres á fin de confundir á estos fi-

lósofos necios les vamos á demostrar la verdad de los milagros, y para proceder con orden sentaremos primero que se entiende por milagro propiamente dicho; despues haremos ver la posibilidad de los milagros y su real existencia, concluyendo con resolver algunas de las objeciones de los incrédulos.

Á cerca de la naturaleza del milagro se han dividido los filósofos y teólogos, y por consiguiente le han dado varias definiciones. Uno le llaman una obra rara, ardua y desacostumbrada; pero esta definicion es del todo absurda, supuesto que para Dios siendo todas las cosas posibles nada puede tenerse por arduo y difícil. No es menos absurda la definicion de Loke, que llama al milagro una obra que el espectador vé como divina, superior á sus propias fuerzas y contraria á lo que el juzga establecido por las leyes de la naturaleza. Houteville y otros dan varias definiciones; pero nosotros sin tomarnos el trabajo de impugnarlas; por no parecernos cosa de suma importancia, diremos lo que entendemos por milagro, y haciendo ver que nuestra noción es ecsacta, pasaremos á los demas puntos propuestos sobre esta materia.

Nosotros siguiendo la doctrina de Sto. Tomas entendemos por milagro, *una cosa ó efecto sensible, que esté puesto sobre todas las fuerzas de la naturaleza*, y por consiguiente ninguna criatura por virtud propia puede hacer un milagro propiamente dicho. *En hoc aliquid di-*

*citar esse miraculum, quod sit præter ordinem totius nature creatæ. Hoc autem non potest facere nisi Deus...* (1). Según esto, no hay milagro propiamente dicho cuando sucede alguna cosa maravillosa; pero que no excede á todas las fuerzas de la naturaleza. Pero se dirá; ¿cómo sabremos si el efecto maravilloso que tenemos por milagro ha superado todas las fuerzas de la naturaleza? para esto era preciso que estudiáramos impuestos de todas y cada una de las leyes, por las que se rige el mundo físico, y siendo esto imposible por la limitación de nuestros conocimientos; también lo es que sepamos distinguir el verdadero milagro del que no lo es.

Aunque no conozcamos todas las leyes de la naturaleza; basta que conozcamos algunas ciertamente para distinguir el efecto milagroso del que se hace sin milagro. Sabemos que la materia por sí no tiene energía para darse el movimiento; ó para ponerse en reposo cuando ha sido movida por otro: sabemos que los espíritus son de una naturaleza del todo distinta de la de la materia; sabemos también, que la potencia de unos cuerpos sobre otros, de los espíritus criados sobre los cuerpos; y de estos sobre los espíritus es una potencia recibida del Criador subordinada y dependiente de él: esta potencia que obra en otro ser,

(1) D. Thom. I. part. quest. 110 art. 4. in corp.

ya se considere como causa eficiente, ó ya como causa ocasional, siempre supone un primer motor, que la ha concedido y regulado según las leyes que ha querido establecer, porque el Sér supremo siendo infinitamente sabio no ha concedido á las criaturas unas facultades sin límites.

El orden establecido para regular las causas naturales y los efectos, es lo que se llama *leyes de la naturaleza*, impuestas por la voluntad libre del Criador y observadas constantemente en el gobierno del universo. Nadie puede lisonjearse de conocer todas y cada una de estas leyes; pero como acabamos de decir, algunas nos son evidentemente conocidas. La astronomía anuncia los eclipses con toda seguridad y sabe que no puede haber naturalmente eclipses fuera del tiempo que ella fija. La estática ó hidrostática fundadas sobre el orden constante del movimiento hablan de los sólidos y fluidos con tanta exactitud, que si las especulaciones se llevan á la práctica la experiencia confirma todo lo que habia asegurado la teoría: en fin, aun sin necesidad de estas ciencias y solo con el auxilio de la vista saben todos, que el sol y la luna siguen cierta carrera que concluyen en un periodo determinado de tiempo: que una piedra no permanece suspensa en el aire: que el plomo no puede sobrenadar en el agua: que el alma no puede obrar en el cuerpo, á que está unida, cuando este no se haya bien organizado, como sucede

por ejemplo, con la mano parálitica; que nuestra alma no puede con solo el imperio de su voluntad obrar sobre el cuerpo que no le es propio, y que estando distante no puede mandar á su propio cuerpo que ejercite sus fuerzas sobre él: últimamente sabemos, que el alma no puede retirarse de su cuerpo disolviendo su unión con él cuando le agrada, ni permanecer en él cuando la organización se descompone, ni volver á él cuando se ha retirado.

Para estar evidentemente ciertos de estas verdades ¿necesitamos, por ventura, de mucho saber y profundas meditaciones? En verdad que no, porque son conocidas á todos por solo el testimonio de los sentidos.

Luego cuando veamos que suceden cosas contrarias á estas y otras de igual naturaleza, precisamente hemos de inferir que las leyes naturales se han derogado, ó suspendido, y por consiguiente que ha habido milagro. Es un principio de eterna verdad, que las causas han de ser proporcionadas á los efectos; pues supongamos que un nombre manda á un cuerpo que se mueva y luego deja este el estado de reposo y comienza á moverse como se le previno, ó que manda al sol que suspenda su carrera, á el grave que no se unda en el agua, ó se suspenda en el aire, al grano que al momento que sea hechado en la tierra, nasca, crezca, y fructifique; al enfermo que se levante de la cama en que yace y quede perfectamente restablecido, ó al muerto que resucite;

si cualquiera de estas cosas se verifica como se manda; ¿podrémos racionalmente juzgar, que esta es una obra meramente natural? no, por que evidentemente conocemos, que entre la causa y el efecto no hay proporcion, y por consiguiente que la obra ha sido sobrenatural. Luego sin necesidad de conocer todas las leyes de la naturaleza y todos los efectos que de ellas resulten podemos saber cuando hay milagro y distinguirlo del que no lo es.

Dado pues que haya milagros no podemos menos que reconocerlos como tales distinguiéndolos de los efectos naturales, aunque sean muy extraordinarios, porque conocemos evidentemente que los milagros superan á todas las fuerzas criadas. Pero bien, dirá un incredulo, ¿no tengo yo una razon mas poderosa para negar los milagros cuando evidentemente percibo que son imposibles? Si el universo se rige por las leyes, que el Ser supremo le ha puesto: si estas leyes son conformes á su eterna voluntad, si esta voluntad es inmutable, porque Dios no es como el hombre para mudarse: ¿cómo se mudan, suspenden ó derogan las leyes que ante todos los siglos dió el Criador para regir al mundo en tiempo? esto no puede ser, y por consiguiente los milagros son imposibles. He aquí el gran argumento de la moderna filosofia, que disolveremos haciendo ver la posibilidad de los milagros.

Para que se probara que los milagros

eran imposibles, era necesario demostrar: ó que las criaturas de tal suerte estaban sujetas á las leyes por las que se rige el mundo físico, que no tenían una potencia obediencial para sujetarse á la omnipotente voluntad del criador, á quien resistirían aunque el quisiera suspender ó mudar el actual orden de cosas; ó que el criador habia puesto sus leyes tan necesarias, que jamas pudieran tener alguna suspensión, sin que el supremo Legislador fuera mudable, y por consiguiente dejara de ser Dios. ¿Pero se podrá probar esto alguna vez? nunca jamas, como lo demostraremos.

Las criaturas, están sujetas necesariamente á la voluntad del criador, y no se pueden separar un ápice de las leyes que ha establecido; (hablamos del mundo físico, pues sabemos y hemos probado en otro lugar de este periódico que las criaturas racionales dotadas de libertad, no tienen ninguna necesidad que las sugete en sus acciones libres) pero sabemos que estas criaturas son por sí indiferentes para recibir el impulso que se les quiera dar, y para obedecer las leyes que su criador quiera prescribirlas. ¿Quién no concibe v. g. que el sol gira de oriente á occidente en cumplimiento de la ley impuesta; pero con tal disposición, que si el Ser supremo hubiera dispuesto otra cosa, el la habria obedecido sin resistencia? Lo que decimos del sol es aplicable á qualquiera cosa que se nos presente. Pues bien, si en las criaturas hay esta disposición,

de parte de ellas no repugnan los milagros.

Tampoco de parte del criador: el impulso las leyes, es verdad, las impulso desde la eternidad, también; ei no es mudable; no hay duda; ¿pero se mudaria derogando las leyes de la naturaleza? eso no: y vamos á la prueba.

Siendo Dios el soberano autor de las leyes de la naturaleza, no está sugeto á ellas, porque es un Señor absoluto, para cambiarlas, suspenderlas, interrumpirlas, y producir algunos efectos independientes de ellas, con las que no teniendo ninguna conexión ni enlace, no sean una consecuencia de las mismas. Para negar este poder á Dios, es necesario desfigurar, ó borrar su idea, porque esta nos demuestra en Dios una absoluta libertad, para criar, conservar y gobernar el universo segun sea de su soberano agrado. El conoce todos los seres posibles, su enlace, sus relaciones, el orden y dependencia que pueden tener entre sí y el que puede establecer entre ellos; es libre para darles la existencia, ó no darselas; es libre para sugetarlos á ciertas leyes, y para ponerles excepciones y reservas á estas, segun las ideas de su infinita sabiduria: ¿como pues aseguraremos, que Dios no puede suspender el orden actualmente establecido? Se nos responderá, que fué libre para establecer las dichas leyes, pero que una vez puestas no es libre para variarlas, porque tal variación arguiria volubilidad en el ser por esencia inmutable. ¡Misera-

ble respuesta! Si lo que Dios hace en tiempo fuera por una nueva determinacion de su voluntad, seria la respuesta invencible; pero como Dios todo lo quiere ab eterno, el dar existencia en tiempo á los seres, el conservarlos, sugetarlos á ciertas leyes, y suspender estas en ciertos tiempos y circunstancias, no es por una nueva determinacion de su adorable voluntad, sino por la misma que tuvo en la eternidad, y por tanto ninguna mutabilidad arguyen en Dios los milagros. Luego son posibles. El sabio autor del diccionario antifilosofico, trae unos entretenimientos entre un sabio teologo y un filosofo joven, muy adicto á los principios de los incrédulos, y como en ellos se encuentran los argumentos de los principales enemigos de los milagros, nos ha parecido conveniente traducirlos, y ponerlos en cada una de las cuestiones que sobre esta materia váyamos tocando, comenzando aqui con el que habla de la posibilidad de los milagros.

### CAPÍTULO VII.

*Primer entretenimiento sobre la posibilidad de los milagros.*

**F**ilósofo. Si Monsiur: yo sostengo que el milagro es una cosa imposible y que encierra una evidente contradiccion en los terminos. Porque ¿qué es un milagro? es una violacion

de las leyes matemáticas, divinas, inmutables y eternas: una ley no puede á un mismo tiempo ser violada é inmutable: es imposible que el ser infinitamente sabio haya hecho leyes para mudarlas despues y variarlas el mismo: es claro que habiendo Dios hecho la maquina de este mundo la ha hecho lo mejor que ha podido: asi jamas la descolocará ni mudará cosa alguna de ella.

*Teólogo.* Ved ahí espresiones muy enérgicas, y aserciones muy arrogantes. Mas yo espero haceros ver, Monsiur, que los filosofos á la moda son mas fuertes para decir que para raciocinar, para afirmar, que para probar.

¿Que quieren ellos decir por sus leyes matemáticas, divinas, inmutables y eternas? Las leyes de la fisica, es decir, las leyes segun las cuales se rige y gobierna este universo: son leyes *divinas* porque tienen á Dios por autor. Mas Dios las ha establecido por una libre eleccion y sin ninguna necesidad. Si unos cuerpos gravitan sobre los otros es, dice Newton, por que Dios lo ha querido asi. Ellas son *inmutables*. Esto lo que precisamente significa es que son constantes aunque no son ni esenciales ni necesarias. ¿repugnaria á la potencia de un Dios que contuviera la accion del fuego sobre un cuerpo por si mismo combustible, y que este cuerpo fuera conservado en medio de las llamas? Ellas son *eternas*. Ellas han sido libremente establecidas cuando el universo salió de la nada, é igualarán á la duracion del mundo.